

medio de estos dos bandos, se encontraba una parte importante del pueblo que se había separado de España, pero que conservaba las creencias católicas y que estaba dirigida por los *malcontentos*, especialmente por algunos nobles como el duque de Aerschot, el marqués Havré y el joven Egmont. Todos estos partidos habían procurado, entre tanto, hacerse con alianzas extranjeras. Guillermo de Orange había llamado á su auxilio á las tropas inglesas y al conde palatino Casimiro, coreligionarios religiosos suyos; en cambio los caudillos católicos habían elegido por gobernador general al archiduque Matías; y cuando este fué vencido por la superior autoridad del de Orange, se encomendaron á un hombre mas poderoso, á Francisco de Anjou, hermano del rey de Francia y buen católico, el cual, con permiso de su hermano Enrique III, se presentó en Mons al frente de un numeroso cuerpo de ejército. Ya en agosto de 1578 el de Anjou había firmado una alianza defensiva con los Estados generales que le había valido el título de «Defensor de la libertad de los Países Bajos» por el auxilio de 12,000 hombres que les había enviado, y que le ofrecía en perspectiva la posibilidad de ser nombrado soberano en el caso de una elección nacional. Este fué el golpe de muerte para el duque Matías, que al recibir la noticia derramó impotentes lágrimas. En medio de esta confusión se sublevaron los fanáticos calvinistas de Bruselas y encerraron en la cárcel de esta ciudad á muchos nobles católicos: levantamiento que se extendió á Gante y á otras poblaciones holandesas. Excitadas las masas protestantes por el fanatismo de su clero, comenzaron á cometer las mas crueles violencias contra los católicos. Orange, que hubiera querido conseguir una paz religiosa general, fué maldonado desde el púlpito como impío; y ambos partidos, que permanecían inactivos contra el comun enemigo, consumieron su actividad y sus fuerzas asolando el país.

Parecía que los Países Bajos no habían conquistado su independencia mas que para encontrar su ruina en irreconciliables luchas interiores.

En todas partes, así en Alemania, como en Inglaterra, como en los Países Bajos y en Francia misma, las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron el desorden, la tirantez sangrienta y la guerra civil. Los dos principios religiosos luchaban entre sí con odio mortal, y cuando ambos se convencieron de que ninguno de los dos podía destruir al otro, entonces nacieron la tolerancia y el respeto hácia las contrarias doctrinas, preciosos frutos de aquellos difíciles y terribles tiempos. Entonces, sin embargo, el humo de la pólvora y el vapor de la sangre se extendieron en espesas nubes por el centro y el Oeste de la Europa. Caracteres violentos y grandes pasiones lucharon entre sí: terrible lucha de gigantes.

La guerra había estallado de nuevo en Francia.

CAPITULO VII

LOS ÚLTIMOS VALOIS Y LOS HUGONOTES

Favor de que gozaron los hugonotes durante el reinado de Carlos IX. —Coligny en la corte. —Catalina de Médicis contra Coligny. —Conflicto en la corte. —Atentado contra Coligny. —Noche de San Bartolomé. —Nueva guerra civil en Francia. —Muerte de Carlos IX. —Coronación de Enrique III. —Enrique de Navarra al frente de los hugonotes. —Situación crítica de estos. —La Liga: Estados de Blois. —Impopularidad de Enrique III.

Después de la paz de San German-en-Laye, parecía que los hugonotes se habían captado la amistad de la monarquía (1); pues en el interior se veían favorecidos y en el

(1) Este es el lugar mas á propósito para hablar de la cuestión, con tanta diversidad de criterios resuelta, acerca de si la matanza de la No-

che de San Bartolomé estaba preparada desde hacia mucho tiempo, es decir, si había sido ya concebida por la corte desde la paz de San German, ó si fué el resultado de un proyecto precipitadamente formado. Que la entrevista de Bayona no fué una preparación de la Noche de San Bartolomé lo hemos demostrado en otra ocasión. Otro fundamento hay para asegurar que las promesas hechas por Catalina de Médicis á los españoles en Bayona, fueron solo un subterfugio para librarse de su importunidad y evitar la guerra que amenazaba estallar entre Francia y España. En efecto, Granvella escribía en 22 de abril de 1529 al rey Felipe (Poulet, *Correspondencia de Granvella*, III, 554): «Bien se debe acordar Vuestra Majestad que de todo lo que se trató con la Reina madre en Bayona con todo secreto, fué luego avisado el príncipe de Condé.» El sentido de la frase es claramente una acusación contra Catalina de Médicis. Debemos, pues, acudir á otras pruebas, haciendo constar ante todo el hecho de que las memorias diplomáticas contemporáneas, incluso las del embajador español, á quien entonces se señalaba, y en parte todavía hoy se señala, como causante de la Noche de San Bartolomé (L. Oelsner, *Genesis de la noche de San Bartolomé en París*. —Francfort sobre el Maine, 1872), nada dicen acerca de la premeditación de aquel sangriento suceso. En cuanto á lo que se refiere á la paz de San German, véase lo que en otra ocasión llevamos dicho. Por lo demás, no hay sino considerar la manera como Carlos IX se disculpa por medio de su embajador en Madrid, Fourquevaux, de aquel acontecimiento, para convencerse de su sinceridad (Gachard, *La Biblioteca nacional en París*, II, 360). — Por lo que se refiere á la Noche de San Bartolomé, dos cortes tuvieron noticia del plan, si no por el rey, por la reina madre, á saber: la española y la pontificia, así como los representantes de esta en París. Pero la memoria que Olaegui, secretario del embajador español, envió á su rey (Gachard, *Boletines de la Academia Real de Bélgica*, 1849. Serie I, tomo XVI, I, 251), demuestra que la Noche de San Bartolomé causó gran sorpresa en Madrid y en la embajada española de París y que en esta capital los preparativos para aquel suceso no comenzaron hasta el 22 de agosto de 1572. El embajador español escribía en 31 de agosto al duque de Alba: «La matanza de los hugonotes no fué un suceso meditado de antemano, sino repentino. Lo que se quería era matar al almirante y hacer creer que el de Guisa le había muerto; pero al ver que el tiro iba mal dirigido y que el almirante sabia de dónde procedía la asechanza, se decidieron á arrojarse la máscara y á llevar á cabo lo que realmente hicieron, porque temían la venganza del almirante.» En corroboración de esto, decía, en 15 de noviembre de 1572, el embajador francés en Madrid (Groen van Prinsterer, *Archivos de la casa de Orange-Nassau*, I, IV, II, 22): «Je sçay assurément que D. Diego (el embajador español en París) a écrit de deça que l'execution faicte sur l'almirant et ses adherans est advenue inopinément et par contrainte.» Si á alguien hubiera querido enterar el gobierno francés de sus planes secretos contra los hugonotes hubiera sido al duque de Alba que, en 1571 y 1572, se veía de continuo asediado por los franceses y que estaba dispuesto á cualquier acto de violencia; pero en realidad el duque de Alba no sospechaba lo que se estaba preparando; y en 18 de julio escribía aun á Felipe II (Gachard, obra citada, pág. 244), diciéndole que los Guisas estaban completamente excluidos del gobierno de Francia, que el cardenal de Lorena le participaba que la escuadra francesa atacaría las posesiones españolas de los Países Bajos y que las relaciones entre España y Francia eran muy tirantes, haciéndose en una y otra nación aprestos belicosos. Los Guisas, pues, en julio de 1572, nada sabían de la próxima matanza, que, segun parece, se preparó en agosto de 1570. En 10 de julio de 1572, Morillon, hombre de confianza de Granvella, escribía á este: «Le duc d'Albe est desesperé!» El de Alba envió, en 11 de julio, un embajador á París, para enterarse de si realmente los franceses pensaban atacar los Países Bajos y para pedir, en caso de que la noticia se confirmara, prontos auxilios. El mismo Felipe II, en su carta de 18 de setiembre de 1572, dirigida al duque de Alba (Gachard, obra citada, pág. 255), manifiesta gran sorpresa ante la noticia de la matanza consumada. La corte romana se encontraba tambien en una situación análoga: es indudable que desde hacia mucho tiempo aconsejaba al gobierno francés que diera un golpe de mano contra los hugonotes; y el nuncio Salviati, aquel diplomático que gozaba de gran confianza cerca de Catalina, algunos dias antes de consumarse el atentado contra el almirante estaba enterado de lo que se proyectaba. Pero sus despachos (Theiner, *Annales Ecclesiastici*, *Mantissa documentorum*, I, 329) demuestran que las excitaciones de Roma para acabar por medios violentos con los hugonotes fueron siempre rechazadas y que, en agosto de 1572, el nuncio no solo no sospechaba el suceso, sino que aun después de acaecido lo calificaba de acontecimiento imprevisto y en cierto modo casual. Mas adelante reprodu-

exterior eran adoptadas sus tendencias políticas. Los Guisas, representantes de una política puramente católica, así en el interior como en el exterior, cayeron en completa desgracia.

circemos sus palabras respecto de este punto. — Como era natural, adquirió gran confianza cerca de Catalina de Médicis el embajador florentino Petrucci, acerca del cual publicó algunas noticias Abel Desjardins en su obra *Carlos IX* (Douai 1873). A pesar de esto, no tenia mas noticias que los españoles y que el nuncio de los preparativos para la Noche de San Bartolomé, y estuvo convencido de que esta fué la consecuencia de una inspiración del momento. — Conocida es la confianza que merecen por su veracidad las relaciones de los bien enterados diplomáticos venecianos. En el tomo 4.º de la primera serie de la colección de Alberi, tantas veces citada, se continúan las memorias dirigidas al Senado por los dos embajadores Juan Michieli (1572) y Segismundo Cavalli (1574), que están de acuerdo con las opiniones de los citados diplomáticos. El último de ellos se expresa en los siguientes términos: *Ben si conobbe que detta esecuzione fusse risoluta all' improvviso e non di lunga mano, come ho sempre creduto.* — Y los caudillos del partido católico, es decir, aquellos mismos hombres que tomaron una parte principal en la matanza de 24 de agosto de 1572, que ya en Bayona se habían puesto incondicionalmente á la disposición de España y que debían conocer los resortes secretos del suceso, fueron absueltos libremente. El mariscal Tavannes, el católico mas fanático de la corte, y uno de los principales autores de la Noche de San Bartolomé, sospechaba tan poco de este suceso, poco antes de que acaeciera, que presentaba al rey una Memoria contra la proyectada guerra con España. El hijo de Tavannes considera la Memoria de su padre (Petitot XXV, 298) mas bien como una narración de lo pasado, y apoyándose en los datos ofrecidos por el anciano mariscal, presenta á este tal como lo pintaremos nosotros, es decir, completamente de acuerdo con el nuncio. — Otro de los católicos importantes es Cheverny, consejero de Estado muy influyente, yerno del primer presidente del Parlamento de París, gran canciller desde el año 1578, y después canciller de Enrique III y Enrique IV, por todos cuyos conceptos podia estar bien enterado de la marcha de los acontecimientos. Pues bien, Cheverny dice, en sus *Memorias* (Michaud et Poujolat I, X, 470): «Después de la muerte de Coligny, el rey temió la venganza de los hugonotes y para anticiparse á ellos ordenó la matanza.» — Las opiniones emitidas por el partido oponente concuerdan con estas, en cuanto proceden de personas bien enteradas. Du-Plessis-Mornay, que es el reflejo de la opinión de la corte de Navarra y especialmente de Enrique IV, dice, en el tomo I, pág. 123 de sus *Memorias*, hablando de la Noche de San Bartolomé, que fué una cosa á la que *laquelle peu de jours auparavant on eût fait conscience de penser, et le roi lui même en eût eu horreur.* El conde Luis de Nassau, cuyo celo protestante no pudo ponerse en duda, aseguraba, pocas semanas después de la Noche de San Bartolomé, que este suceso no había sido premeditado (Groen van Prinsterer, obra citada, pág. 53). — El mismo apasionado D'Aubigné, que conocía bastante á Enrique IV y que estaba sin duda enterado por él de este suceso, dice en su *Historia universal*, tomo II, libro I, capítulo 3.º (pág. 13, edición de 1616 á 1620): «En 20 de agosto de 1572 abandonó la corte el prudente duque de Montmorency: entonces se decidió asesinar al almirante.» — Y por último, las narraciones de los hermanos de Carlos IX, la reina Margarita de Navarra y el duque de Anjou (Enrique III), narraciones independientes unas de otras, están conformes con la opinión de que hasta ahora hemos hablado. — Esta conformidad de pareceres en los testigos presenciales y en los contemporáneos mejor enterados, no deja lugar á ninguna duda. El anciano Wachler se expresa tambien en igual sentido en su *Noche de San Bartolomé en París*, obra que, anticuada en algunos conceptos, demuestra sin embargo en su conjunto grande imparcialidad, y hace honor al profundo sentido histórico de su autor que hubo de trabajar con materiales incompletos. Recientemente, Raumer, en su *Historia de Europa* (II, 256), Mignet, Michelet, Henri Martin, Ranke, Baum (en su «Vida de Beza»), White (*Massacre of St. Barthelemy*, Londres 1868), Soldan («Francia y la Noche de San Bartolomé en la Historia de Raumer», *Almanaque de 1854*), Forneron (*Les ducs de Guise*, II, 142), Tessier (*L'almirant Coligny*), Desjardins (obra citada), Ramée (*Les Noces Vermeilles*, París 1877), Loiselieur, en distintos pasajes, y otros muchos autores estiman fuera de toda duda la impremeditación de la Noche de San Bartolomé. — La opinión contraria la sostiene, después del acontecimiento, varios escritores ultracatólicos. Así opinan Capilupi, en su célebre *Stratagemma di Carlo IX re di Francia contra gli Ugonoti rebelli di Dio*, obra que su autor, habitante en Roma, publicó en 1572 (Reimpresión de los *Archives curieuses de l'histoire de France*, I, VII); Adriani en su *Istoria de' moi tempi* y Davila en su libro V. Estos autores escribieron sus obras bajo la inmediata inspiración del partido católico fanático; y su motivo que les impulsó á obrar así nos lo refiere un contemporáneo suyo, bien enterado y nada sospechoso, don

La corte francesa mostró respecto de España, cuyos desleales consejos fueron causa de los disturbios que en posteriores épocas acaecieron, una indignación que subió de punto con la

innoble conducta del embajador español, D. Francés de Alava. La misma Catalina, que antes había entablado amistosas negociaciones con él, pidió con insistencia su destitución, que

Juan de Zúñiga, embajador español en Roma, quien en 8 de setiembre de 1572 escribía á su soberano (Gachard, obra citada, 249): «Los franceses quieren dar á entender que su rey había concebido aquel golpe, desde que firmó la paz con los hugonotes, y con esto se cree que fué apto para prepararlo y guardarlo secreto hasta que llegara el momento oportuno de llevarlo á cabo, atribuyéndole estratagemas indignas, aun usadas contra los herejes y los rebeldes. Yo tengo por seguro que el golpe dirigido contra el almirante había sido, hacia mucho tiempo, proyectado y autorizado por el rey (aunque este último no esté bien confirmado) pero que todo lo demás fué hijo de las circunstancias.» Carlos IX se expresó, en 26 de agosto de 1572, ante el Parlamento de París, en términos análogos á la opinión sustentada por aquellos celosos escritores, únicamente por vanagloria (M. Koch en las *Memorias de la Academia de Ciencias de Viena*, 1850, II, 67) y á pesar de ponerse en contradicción con otras muchas manifestaciones que en ocasiones distintas había hecho. El cardenal de Lorena, con el cual estaba en relaciones Capilupi, se expresa en los mismos términos (Groen van Prinsterer, *Archivos*, I, IV, II, 22). Tambien debieron expresarse así los demás embajadores franceses en otras cortes católicas, de suerte que no debe admirarnos (como admira á Wuttke en su *Historia preliminar de la Noche de San Bartolomé*, pág. 183), que el Papa y Felipe II contestasen á la corte francesa conforme á los deseos de esta. Los modernos demócratas y protestantes sostenedores de la premeditación, parten de opiniones opuestas: en efecto, recientemente el difunto Wuttke y Lord Acton (en la *North British Review*, octubre de 1869), han sostenido, contra la opinión generalmente admitida, la de que la Noche de San Bartolomé fué larga y cuidadosamente premeditada; y Enrique Bordier en su *La Saint Barthelemy y la crítica moderna* (Ginebra 1879) acusa á los modernos críticos que pretenden atenuar la infamia de aquel hecho y señala como deber de todo buen protestante el creer que la Noche de San Bartolomé fué diabólicamente concebida y desde años premeditada por sus autores. Alfredo Maury (en el *Journal des Savants* de marzo de 1880) ha apoyado esta opinion con todo el peso de su reconocida autoridad, fundándose en dos cosas; primera, en que el mismo rey Carlos se precipitó sobre sus súbditos; y segunda en que Catalina de Médicis había noticiado de antemano al mariscal Strozzi la matanza de los protestantes. Por lo que á la primera razon se refiere, difícil es apreciar la fuerza que pueda tener en pro de la premeditación, además de que Julio Loiseleur (en la *Revista histórica*, XV, 91) demuestra de un modo irrefutable que tal asercion no se halla confirmada por ninguna prueba bastante firme y solo se encuentra en algunos folletos hugonotes llenos de espíritu de partido y de errores sin cuento. Uno de estos libelistas, Barnaud, inventó tambien la carta de Catalina de Médicis á Strozzi, carta cuya inverosimilitud se comprende con solo tener en cuenta que en ella Catalina señala ya dos meses antes de la matanza la fecha del 24 de agosto, cuando, á principios de este mes, no se sabia aun en qué fecha se celebrarían las bodas de Enrique de Navarra con Margarita de Valois. Esto demostraría una prevision y dotes proféticas sobrenaturales en Catalina, la cual, setenta dias antes podia señalar con firmeza la fecha de un acontecimiento que dependía de tantas circunstancias. Mas característica es todavía la demostracion que encontramos en Julio Doinel (*Boletín de la historia del protestantismo francés*, 1882, I, 31). Este autor menciona algunos documentos que demuestran que durante la primavera y el verano de 1572 la ciudad de Orleans fué visitada por algunos sacerdotes católicos: «¿qué otra cosa podían estos predicar allí, dice, sino la cruzada contra los hugonotes?» y de aquí deduce que aquellos sacerdotes y los magistrados de Orleans estaban en connivencia con el rey y con su Consejo para asesinar, durante la noche del 24 de agosto, á los protestantes. ¡Parece increíble que puedan sacarse seriamente tales consecuencias históricas! — Todos estos argumentos son, pues, insuficientes, mientras que la opinion contraria está sostenida por los testimonios de contemporáneos bien enterados que hemos citado ya y que tendremos aun ocasion de citar en lo sucesivo. Preciso es, sin embargo, convenir en que la idea de una matanza de los hugonotes era discutida en los círculos de católicos fanáticos, y en que de ella trataron el rey, su madre, la España, el Papa (Theiner, *Annales Ecclesiastici*, I, 43, 327. — Groen van Prinsterer, *Archivos*, I, IV, II, 13), y los católicos fanáticos de la corte (*Memorias de Montluc*, Michaud et Poujolat, I, VII, 295): solo así se explica en buena parte la rapidez con que se tomaron las últimas decisiones y con que se organizó su ejecución. Pero el hecho concreto no se concibió hasta el último momento. ¿Cómo, sino, se hubiera comenzado asesinando únicamente al almirante, cuya muerte hubiera sido indudablemente para los hugonotes la señal de abandonar precipitadamente á París y organizar la guerra de venganza en las provincias? Así

llegó durante el otoño de 1571. Carlos IX adoptó una política completamente antiespañola. Se hizo todo lo que se pudo para apartar á Venecia de la alianza pontificio-española contra los turcos, y se intentó restablecer con ella las amistosas relaciones que habian existido en tiempo de Francisco I. Firmáronse alianzas con los príncipes protestantes de Alemania. Inglaterra y los sublevados Países Bajos se alegraban de la viva y provechosa preferencia que Francia les manifesta-

ba, y entonces se trató de un matrimonio entre la reina Isabel de Inglaterra y Enrique de Anjou, primero, y el hermano menor de este, Alençon, despues. Los partidarios del de Orange se veian secretamente alentados y sus corsarios tenían libre entrada en los puertos franceses. En julio de 1571 el duque Luis de Nassau se presentó en la corte de Francia, donde fué objeto de una cordialísima acogida, proceder que bastó para dar un giro mas favorable á las tentativas, hasta entonces



Cárlos IX de Francia (copia del retrato hecho por F. Clouet, pintor del siglo XVI.—Consérvase en la coleccion del duque de Aumale)

infructuosas, de los «mendigos» y para acrecentar sus esperanzas y con ellas el número de sus partidarios. Las tropas francesas-hugonotes invadieron en plena paz los Países Bajos

lo ha reconocido el contemporáneo Montluc (Michaud et Poujolat, I, VII, 379). En efecto, sabemos que, despues del asesinato de Coligny, muchos de sus amigos pensaban en ello y solo desistieron de llevar su intento á cabo por los propios consejos de Montluc. Si la matanza hubiera sido preconcebida, ¿cómo se hubiera comenzado de esta manera, avisando á los amenazados con el asesinato del almirante?—Dos documentos han llegado á mis manos durante la impresion de estas páginas que tratan de nuestro asunto; la obra *Antes de la Noche de San Bartolomé* (Estrasburgo 1882), de Herman Baumgarten y la *L. Pfyffer y su época* (Berná 1881), tomo II, de Antonio Felipe de Segesser. Ha sido para mí una gran satisfaccion ver que ambos autores, á pesar de partir de distintos puntos de vista, coinciden por completo, respecto á la No-

y se apoderaron de la importante ciudad y fortaleza de Mons. En vano esperó Felipe II obtener un cambio de política por mediacion de la jóven reina Isabel, hija del emperador Maximiliano II, pues esta habia perdido toda la influencia de que en la corte francesa gozaba. No puede ciertamente asegurarse al gobierno español porque se indignara ante tamaña ingratitude de Cárlos IX, á quien habia socorrido en 1568, y esta disension fué tan allá que, en agosto de 1571, se cruzaron entre el embajador español en Paris y el rey no encu-

che de San Bartolomé, con la opinion por mí sustentada en la presente obra y expuesta ya antes en el número 14 del *Athenaeum Belga* de 1881. Solo en algunos detalles se separa Baumgarten de mi opinion, detalles que no es este el lugar á propósito de discutir. Ambos libros he podido en parte utilizar para mi trabajo.

biertas amenazas de guerra. En 10 de mayo de 1571, escribia ya el embajador toscano: «Los ánimos desean ardientemente echarse sobre España, tanto mas cuanto que esperan que de este modo los católicos y los hugonotes depondrán sus odios y acatarán contentos los actos de su rey.» Animado de este intento, deseaba Cárlos encontrar un hombre de Estado y militar fiel é influyente para hacerle su consejero y auxiliar inmediato, y fijó su atencion en Gaspar de Coligny, á quien llamó á su corte. Cierta que muchos de los partidarios de este le abandonaron porque no querian fiarse de un rey tan débil, variable y apasionado, ni de la italiana, madre

del monarca; pero el gobierno se mostró tan justo y tan bondadoso para con los hugonotes; era tan elevada la mision que se confiaba al almirante, despreciado hacia algunos años y entonces encargado de la direccion del Estado, que Coligny desechó todo escrúpulo. En 12 de setiembre de 1571, se presentó en Paris siendo recibido con gran pompa y honores por Catalina y por el rey, y llegando á ser el mas influyente consejero de Cárlos IX (1). Cordiales en extremo fueron tambien sus relaciones con Catalina, á la cual prometió ser su mas fiel servidor y favorecer á sus partidarios y favoritos.

A pesar de esto, la atmósfera política se presentaba tem-



Isabel de Austria, mujer de Cárlos IX de Francia (copia del retrato hecho por Pedro Porbus, muerto en 1584)

pestuosa y amenazadora para los hugonotes, pues contra ellos se habia desencadenado la voz del pueblo; y la gran masa de la apasionada y excitable poblacion de las ciudades los señalaban como los peores y mas funestos enemigos de Dios y de la Francia (2). En Ruan, al regresar los protestantes de su iglesia, situada fuera de las puertas de la ciudad, fueron atacados por el pueblo que mató é hirió á muchos de ellos. El pueblo bajo de Orange suscitó un tumulto, que duró tres dias, contra los hugonotes, de los cuales no pocos fueron heridos y otros muertos. El Parlamento, el preboste de los mercaderes y toda la burguesía de Paris se opusieron

durante muchos meses al derribo, ordenado por el rey, de la columna infamante dedicada á muchos protestantes ejecutados, y hubo que proceder militarmente á derribarla. Desde el púlpito, un clero fanático excitaba al pueblo á que no creyera que la voluntad del rey fuese favorecer á los hugonotes, afirmando que el monarca era prisionero de Coligny. Muchas casas de los protestantes de la capital fueron saqueadas y derruidas; y por las calles de Paris cantábanse amenazadoras canciones contra los hugonotes, mientras los nobles protestantes se burlaban de los ridículos soldados cívicos y de sus antiguas armaduras. Los ciudadanos de Paris montaban cada vez mas en cólera y aflaban en secreto sus armas contra los jóvenes herejes de la nobleza gascona. No estaban tampoco ociosos los fanáticos magnates católicos; en Paris, Tolosa y otras ciudades se entregaban considerables sumas á los Guisas para el caso de que hubiera de promoverse una nueva guerra de religion. «Creed, Señor, decia Blaise de

(1) G. Paris. *Correspondencia del rey Cárlos IX y del señor de Mandelot durante el año 1572* (Paris 1830): coleccion interesante de cartas con importantes notas de su coleccionador.—Fr. Ebeling, *Documentos sacados de los archivos para la historia de Francia, durante Cárlos IX* (Leipzig 1872).

(2) Véase especialmente el diario de Juan de la Fosse.

Montluc al rey (1), que por los medios suaves no acabareis nunca con los hugonotes, el mejor de los cuales desea veros muertos: ¡y aun nos prohibís que les hagamos daño!» y al propio tiempo aconsejaba al soberano que ahorcara á «aquella gente» de los árboles, con lo cual el resto se sometería muy pronto.

Sin embargo, el rey parecía firmemente resuelto á seguir la senda que había emprendido hacia algunos meses; castigó severamente á cuantos inspiraron y tomaron parte en los motines contra los hugonotes; y envió emisarios á las provincias para que de palabra ordenasen á sus gobernadores que protegieran á los protestantes conforme estaba mandado en el edicto de paz (2). Los soldados que habían servido contra los hugonotes fueron renumerados pródigamente (con un millon) y luego licenciados. Dirigido por el duque de Montmorency, enemigo eterno de la casa de los Guisas, formóse un partido de católicos tolerantes, que los fanáticos denominaban con desprecio *politicos*, los cuales se aliaron estrechamente con los protestantes y gozaron de gran influencia en la corte. El influjo de Coligny era, sin embargo, el predominante. Coligny no pensó nunca, como algunos han pretendido, en convertir á Carlos IX al protestantismo; lo que quería era la paz en el interior, y en el exterior una política nacional, es decir antiespañola y, por tanto, dado el estado de cosas de entonces, anticatólica. Al efecto, procuró inducir al rey á que interviniera militarmente en Flandes, declarando así la guerra á los españoles. Carlos IX no veía con malos ojos este plan; contaba entonces veintidos años; era alto, pero flaco, débil de piernas, encorvado y de rostro pálido y enfermizo; había intentado robustecerse dedicándose á continuos ejercicios corporales y especialmente á la caza; era inclinado á los placeres, aborrecía los ejercicios intelectuales, y hasta entonces había estado bajo la completa dependencia de su madre (3). Pero por aquel tiempo comenzó á sacudir el yugo materno. Al débil joven le halagaba creer que estaba destinado á grandes hechos de guerra, y que su misión principal era arrebatar á los españoles á Milán, herencia de su abuela Valentina Visconti. Mientras prometía la mano de su hermana Margarita al hugonote rey de Navarra, á pesar de la tenaz resistencia del Papa, que no quería dar la dispensa para un casamiento con un hereje, pensaba también en reconquistar para este el país navarro de allende los Pirineos, y consultaba sus planes hasta muy

(1) *Memorias de Montluc*, Michaud y Poujolat, I, VII, 295.

(2) Un decreto del rey dirigido al gobernador de Borgoña (*Archivos curiosos*, VII, 343) le ordena que adopte severas medidas contra los hugonotes de su provincia. «Además, le decía, cualquiera orden verbal que hayamos podido dar á aquellos que cerca de vos hemos enviado así como á otras provincias de nuestro reino cuando teníamos motivos justos para temer algún siniestro acontecimiento, pues teníamos noticia de la conspiración tramada por el almirante, queda desde luego revocada y no queremos que ni vos ni los demás le den cumplimiento.»—Wuttke (pág. 35) encuentra en esto una prueba de que el rey hacia tiempo venía dando órdenes para una matanza de los protestantes. Pero no es exacto: el rey dice que, por miedo á las sublevaciones, pues conocía la pretendida conspiración de Coligny, había ordenado verbalmente á los gobernadores que trataran benévolamente á los hugonotes, y revocaba la orden tan luego como el almirante y sus partidarios quedaron fuera de juego. Esto está demostrado no solo por la conexión de las palabras, sino por la declaración misma que el rey hizo, en 26 de agosto de 1572, ante el Parlamento de París, diciendo (*Memorias de Olaus Gachard*, pág. 107) que entonces se había visto obligado á firmar la paz con los hugonotes porque su pueblo se encontraba debilitado y decaído por la guerra civil; pero que una vez que Dios le había concedido la victoria sobre sus enemigos, revocaba el edicto de paz favorable á los hugonotes, no pudiendo nadie profesar otra religión que la católica-romana.—De suerte que aun después de la Noche de San Bartolomé las órdenes que anteriormente se habían dado á los gobernadores fueron sustituidas por edictos de persecución.

(3) *Relacion de Juan Corroero* (1569), pág. 205.

entrada la noche con Coligny á quien llamaba padre. Los católicos fanáticos combatían incesantemente tales proyectos, y advertían al rey el peligro que consigo traería una guerra con España y especialmente los perjuicios que acarrearía á los intereses católicos. Enrique de Anjou, hermano del rey, que hacia tiempo se había puesto al frente del partido fanático, y el mariscal de Tavannes, ardiente católico sediento de sangre, inspiraban estas manifestaciones. Felipe II y el Papa unieron entre tanto sus fuerzas para atraer de nuevo á Carlos IX á la política general católica. El primero envió á París al general de los jesuitas y el segundo á su sobrino, el cardenal Alexandrino, para hacer fracasar en el último momento el matrimonio de Margarita con Enrique de Navarra, y los planes de los herejes.

Mas parece que no fueron muy bien recibidos por el joven soberano; el legado y el general de los jesuitas no lograron su objeto; por el contrario, todo parecía anunciar la guerra contra España, reuniéndose en la Rochela y bajo el mando de Felipe Strozzi un formidable ejército que parecía destinado á pasar á Flandes. Un contingente mas pequeño, compuesto de protestantes y de católicos, fué, á fines de junio de 1572, y á las órdenes de Genlis, á socorrer al conde Luis de Nassau que se encontraba en Mons sitiado por el duque de Alba. «Todos mis pensamientos, escribía Carlos á su embajador en Constantinopla, tienden á combatir la grandeza de España.»

La política atrevida y antiespañola de Coligny sufrió entonces algunos rudos golpes. Genlis y sus tropas fueron derrotados y hechos prisioneros por los españoles, siendo en su mayor parte muertos por estos. Las negociaciones para firmar una alianza con los protestantes alemanes no avanzaban, pues los luteranos de Alemania no podían vencer su antipatía hacia los calvinistas franceses y flamencos (4). Isabel de Inglaterra que no veía con buenos ojos la influencia de los franceses en los Países Bajos, titubeaba constantemente en aceptar una alianza con Francia para libertar á estos, y prefería entrar en negociaciones con España (5). El gran duque de Toscana, pariente de Catalina, y hasta entonces en lucha con los españoles, se mostró partidario de estos y les concedió poderosos auxilios. La victoria de los españoles en Lepanto causó gran impresion en todas partes; los mismos turcos nada quisieron ya emprender contra España y rechazaron todas las proposiciones y excitaciones de los franceses.

Esto causó gran admiración al rey; pero el principal golpe lo recibió el almirante por otro conducto.

Catalina de Médicis se había convencido, por la experiencia de los últimos años, de que la inmensa mayoría de los franceses no solo seguía fiel al catolicismo, sino que deseaba el aniquilamiento de los protestantes. Mientras la Reforma se había presentado solo como una mejora general de la Iglesia, se había conquistado generales simpatías; pero desde el momento en que se presentó como un partido religioso-político marcadamente caracterizado, renació la oposición, que cada vez se manifestó mas apasionada y mas enérgica. Catalina, política perfecta y calculadora, se inclinaba siempre á prestar oído á la voz del pueblo, y recorría á menudo disfrazada la ciudad, para enterarse de lo que decían los ciudadanos acerca de los acontecimientos del día (6). Por esto le disgustó en extremo el cambio favorable á los hugonotes que había experimentado el rey. Ya en enero de 1571

(4) Véase respecto de esto A. Kluckhohn, *Cartas de Federico Pio del Palatinado*, II, I.

(5) Véase la carta de Middlemore á Burghley, 17 de junio de 1572; Ellis, *Original letters*, II, III, 6.

(6) *Revista retrospectiva*, tomo V, I y II.

había hecho fracasar el plan que tenia por objeto conferir de nuevo á L'Hôpital la dignidad de canceller, logrando que esta fuese conferida al presidente Birague, uno de sus mas adictos instrumentos. Para no promover una nueva guerra civil, había aceptado la tolerancia respecto de los protestantes, pero lo que no quería en manera alguna era que el monarca se indispusiera con las nueve décimas partes de sus súbditos para someterse á una facción que, en breve, no titubearía en atacarle violentamente al Papa y con el rey católico. Además, una guerra con España, sin contar con un fuerte aliado, le parecía peligrosa; por esto siempre había mantenido amistosas relaciones con el Papa y con el rey católico, y procurado evitar un rompimiento formal con ellos (1). Durante el otoño de 1571, el hombre de su confianza, el embajador toscano, Petrucci, creía muy problemático el éxito de los planes de los hugonotes, porque Catalina estaba decidida á firmar la paz con España. En la primavera del propio año, tomaron mayores proporciones sus temores de un rompimiento con España, tanto que sobre este punto se promovieron serias cuestiones entre ella y Carlos IX, el cual cada día se inclinaba mas á sus planes de guerra. Catalina trabajó con éxito para impedir y hacer imposible su realización, y el mariscal de Retz, hombre de toda su confianza, procuró disuadir al monarca de sus intentos. La reina madre descubrió, al parecer, á los españoles la empresa de Genlis, cuyo mal éxito la fortaleció en su intento de impedir á toda costa la guerra contra España (2). Posteriormente se jactó de haber consentido en las bodas de su hija con Enrique de Navarra, con el único objeto de atraer á París á los reformados y especialmente á sus jefes, en el mayor número posible, y poder de esta suerte acabar de una vez con todos ellos; pero esto no era mas que una fanfarronada después del suceso, el cual ciertamente no había sido preparado tan de antemano. Además de estos motivos generales, influían otros muchos de carácter personal, en la conducta de Catalina. El egoísmo y la ambición, así como una dosis no pequeña de patriotismo francés, eran los móviles que principalmente le impulsaban. «Sus mas importantes negociaciones, dice un embajador veneciano (3), están inspiradas por una pasión, y esta es la pasión de dominar.» Catalina temía que el almirante le arrebatase la confianza de su hijo y la influencia que sobre él ejercía. Coligny hacia tiempo que no pensaba en la promesa hecha diez meses antes á la reina madre de ser un fiel servidor suyo, y llegó á amenazar no solo á los españoles residentes en París, sino también hasta á la misma Catalina (4); de aquí que esta procurase por todos los medios enemistar á Carlos contra Coligny y contra los hugonotes. Estos nunca se engañaron respecto de la reina madre: cuando la reina viuda de Navarra, á la cual la corte con gran trabajo había atraído á París, murió de repente de una inflamación pulmonar (9 de junio de 1572), los hugonotes se apresuraron á decir que su muerte era debida al veneno que le había dado Catalina. Coligny, á pesar de su natural confiado, no pudo dudar de la enemistad de la reina madre, y aconsejó á Carlos que quitase á esta el poder que injustamente ejercía y que desterrara del reino á su inquieto hermano, el de Anjou. La cuestión en su concepto estaba entre promover una guerra exterior ó una interior, y así planteado el problema, era preferible la primera, porque con ella podía conquistarse fama y provecho. El almirante sabía excitar perfectamente al rey contra el duque de Alba, contra España

y contra los amigos que esta tenía en Francia; y muchas veces pareció inminente la lucha que constituía la verdadera misión de Coligny y de los hugonotes.

A fines de julio de 1572, se encontraba, pues, la corte dividida en dos partidos; el del almirante, que quería la paz en el interior y una política de guerra en el exterior; y el de la reina madre y del hermano del rey que estaban por una estrecha reconciliación con España y por la ruina de los hugonotes. La contienda era tan animada, que solo podía terminar con la muerte de uno ú otro de los dos partidos; y dado el carácter de Carlos débil, aunque bueno en el fondo, apasionado é inclinado á la sospecha, no era dudoso el desenlace; pues aunque, durante algun tiempo, se inclinase á las tendencias belicosas de Coligny, puesto á escoger entre un hereje, que hasta entonces había sido su mas encarnizado enemigo y sus mas próximos parientes y amigos, especialmente su madre á cuya influencia hacia años se había acostumbrado, tenia que acabar por entregarse á estos últimos.

Los protestantes mas prudentes y previsores lo comprendieron desde luego; así es que, mientras el rey hacia grandes aprestos para dirigirse contra España, y el almirante y la mayoría de los hugonotes se creían seguros, aquellos aconsejaban que se abandonara la corte y algunos comenzaron por dar el ejemplo.

La primera victoria que consiguió el partido de Catalina fué que la cuestión de guerra, decidida ya conforme á los deseos de Coligny, fuese sometida á un Consejo (6 y 9 de agosto). En vano aconsejó en esta asamblea el almirante la guerra; Catalina y el de Anjou reunieron contra él la mayoría de votos y á su parecer se rindió finalmente el monarca. Coligny, desesperado al ver que se frustraban sus esperanzas, exclamó: «¡Quiera [Dios] que no estalle otra guerra que no pueda impedir el rey!»

Sus adversarios vieron en estas palabras la amenaza, y el anuncio de una nueva guerra civil. Los hugonotes, con todo, declararon que aun sin el concurso del gobierno auxiliarían á sus hermanos de los Países Bajos. Así desapareció para siempre el proyecto oficial de una guerra entre Francia y España. Catalina, que veía volver poco á poco á su lado al soberano, no separado todavía oficialmente de Coligny, decidió evitar una y otra contingencia; pues recordaba cuán á menudo el almirante se había colocado enfrente del gobierno promoviendo sin consideración alguna una rebelión; las sorpresas de Montceaux y Meaux (1567) estaban todavía en su memoria. La reina madre odiaba tanto como temía á Coligny: todo su pasado se alzaba contra él, y su desaparición, en sentir de Catalina, equivalía á la completa ruina de los hugonotes, porque recordaba sin duda aquellas palabras del de Alba: «Una cabeza de salmon (el salmon era el escudo de armas de Chatillon) vale mas que cien cabezas de rana.»

Ya desde mediados de julio, la viuda del duque Francisco de Guisa abrigaba en secreto una profunda enemistad hacia el almirante, á quien se acusaba de haber inspirado el asesinato ejecutado por Poltrot. Ambas rencorosas mujeres se aconsejaron con sus hijos Anjou y el joven Guisa, y creyeron que aquel era el momento oportuno de obrar. Compraron, al efecto, á un asesino de oficio, Maurevel, que preparara una celada segura y diera muerte al almirante; pero este solo fué herido en el brazo izquierdo y en la mano derecha (22 de junio de 1572), y el asesino logró escaparse.

Si Coligny hubiese muerto, Catalina se hubiese dado ya por satisfecha (5) y habría procurado atraerse á los hugono-

(1) Véase Baumgarten, *Antes de la Noche de San Bartolomé*.

(2) Walsingham, *Letters*, pág. 263.

(3) Segismundo Cavalli (Alberí I, IV), 6.

(4) Baumgarten (pág. 204).

(5) Este punto importantísimo que destruye toda idea de premeditación en la Noche de San Bartolomé, está confirmado no solo por las